

Reflexiones sobre el sufrimiento social y el daño moral en el conflicto armado colombiano.

Por: Eneida Puerta Henao¹, José Camilo Botero Suaza²

El sufrimiento y el daño son intrínsecos a la existencia humana. La historia es una larga cadena de encuentros y desencuentros, autonomía y dominación, cuidado y violencia; y así se entretajan, lo que llamamos, los aprendizajes de la civilización.

Pensar el sufrimiento humano implica detenerse en el concepto de mal desde una mirada compleja. Dicho de otra manera, la comprensión sobre el mal configura la experiencia del sufrimiento. Y es que la experiencia sobre los daños que genera el mal ha acompañado a todos los grupos humanos,

Las voces colombianas, aunque en momentos han sido voces excluidas, son prolíficas y llenas de intensidades a la hora de narrar acontecimientos de reconciliación, resistencia y reivindicación.

sea por desastres naturales, infortunios, accidentes o catástrofes; pero es la violencia, sin duda, el fenómeno que más resquebraja y lastima las fibras individuales y colectivas generadoras de sufrimiento.

En Colombia las confrontaciones, conflictos armados y guerras han estado yuxtapuestos a nuestro devenir como nación, pero también se sobreponen las iniciativas ciudadanas de reconciliación, las acciones para disminuir las desigualdades, la solidaridad y la alegría como alternativas de resistencia y reivindicación. Las voces

colombianas, aunque en momentos han sido voces excluidas, son prolíficas y llenas de intensidades a la hora de narrar estos acontecimientos; se caracterizan por su potencia y su fortaleza como puede leerse y sentirse en el siguiente fragmento:

- 1 Psicóloga, Universidad de Antioquia. Magister en Salud Mental, Facultad Nacional de Salud Pública. Medellín. Colombia. Correo: puertaeneida@gmail.com.
- 2 Psicólogo, Universidad de Antioquia. Magister en Salud Colectiva, Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Porto Alegre, Brasil. Correo: jcamilo.botesua@gmail.com



(Continuación)

“A mis estudiantes les voy contando, mire, ha pasado esto y esto, y ellos me preguntan: profe ¿usted no está llena de odio?; y yo no, yo tuve la oportunidad de tener como quien dice al asesino de mi hermano en la casa y tomó tinto sentado en el mueble de mi casa, y yo no siento odio contra esa persona. En la historia, cuando me iban contando todo lo de mi hermano, contaban que el asesino se ponía los zapatos de él para ir a trabajar, les decían a mis compañeros: vea, estos son los zapatos del profesor; entonces yo digo: bueno, por lo menos sus zapatos siguieron andando la tierra, y eso es bueno, desde lo que uno vive y tiene sano, yo tengo muy sano el corazón y mi familia también. Eso me permite a mí como maestra, me permite enseñarle a los muchachos que sí es posible vivir con un dolor sin odiar” (Betty, 2015)

Estas son palabras de doña Betty, guardiana de la paz, resistente al desplazamiento en el municipio de San Carlos-Antioquia, mujer, profesora, hermana, amiga y madre. Así se nombra ella misma y estos roles son sus artefactos de resistencia contra la tristeza, el sufrimiento y el olvido.

Este relato nos deja ver al menos dos asuntos que son importantes para comprender la dimensión del daño moral y el sufrimiento humano en el conflicto armado colombiano. En primer lugar, está la gran afectación y dolor que experimentaron las “víctimas”. El otro es la capacidad de reconciliación y los aprendizajes que se construyen para convivir con quienes han hecho daño, con los ofensores. Desarrollemos brevemente estos puntos.

El conflicto armado colombiano no sólo afectó a las personas en su dimensión física, sino que

sobretudo, dejó una *huella profunda en la psiquis de miles de personas*; las pérdidas humanas y materiales, el miedo, la angustia y la desconfianza se instauraron en la mente y fueron deteriorando el tejido social entre familias y comunidades, se perdió la posibilidad de tomar decisiones de manera libre, responsable y autónoma. Es preciso decir, que más allá de los muertos y las explosiones, la guerra transformó escenarios comunitarios en lugares de miedo, truncó proyectos de vida, provocó humillaciones, incertidumbres y pérdidas de la identidad, atentando directamente contra la escala de valores que se construye subjetivamente y de manera colectiva. Muchas personas se vieron sometidas a procesos de victimización, en los cuales el buen nombre propio y familiar se vio afectado y comprometido, en consecuencia, el sentido de la propia vida empezó a fracturarse.

(Continúa página siguiente)



(Continuación)

Cuando la mano humana es la responsable por el sufrimiento y el daño, las capacidades de explicación, justificación o entendimiento quedan casi anuladas en un primer momento, es difícil intentar aunar las razones del daño y se instauran preguntas íntimas con las cuales se debe aprender a cohabitar, ¿Por qué a mí? ¿Por qué lo hizo?, preguntas que seguramente se hizo doña Betty en algún momento de su proceso subjetivo. Es así como la violencia nos pone en jaque, rompe los lazos sociales y los modos de vida, arrojándonos a la experiencia del dolor, la pérdida y la angustia.

Por otro lado, aprender a vivir con los ofensores es un desafío que se replica en todos los territorios de Colombia, ya que los actores armados muchas veces ejercían su dominio en los escenarios donde residían, lo cual supone reconstruir un tejido social en medio de desconfianzas y dolor. Sin embargo, personas como doña Betty deciden sobreponerse a estas marcas y son artífices de la reconciliación y la convivencia, privilegiando la posibilidad de construcción de una paz a nivel local y comunitario sobre sus propios intereses o afectaciones, es sin duda un proceso complejo de renunciaciones y transiciones.

No queremos decir aquí que ésta es la única trayectoria posible de reconciliación, al contrario, se trata de un asunto tan singular que no puede tener una única manera adecuada o

*“Nunca me prepare para una guerra, pero debo prepararme para la paz”
(Betty, 2014).*

deseable. Cada persona o colectivo afectado tramitará de manera propia el proceso para recomponer o no el tejido social desgastado. Lo cierto, es que debemos generar nuevas maneras de convivencia pacífica si queremos salir de los círculos de reproducción de violencias.

Una de las potencias del relato citado, muestra una perspectiva de producción de salud mental, dignidad y fortaleza desde el lugar de las víctimas o personas ofendidas, habla de una gran inventiva y capacidad de construir discursos alternativos, más allá de la afectación. Lo anterior, se evidencia bellamente cuando dice: “es posible vivir con un dolor sin odiar”. Y para entender cómo se construye esa posibilidad de no olvidar sus pérdidas y seres queridos, pero al tiempo ser capaz de seguir adelante, la misma doña Betty nos da las pistas, al decir : “desde lo que uno vive y tiene sano, yo tengo muy sano el corazón y mi familia también”. Quiere decir, que la reconciliación se relaciona de manera recíproca con la salud mental, con la posibilidad de tener relaciones intensas y productivas a nivel familiar y local, estos son elementos claves para que el dolor propio y colectivo no se convierta en ansias de venganza.



(Continuación)

Como es sabido, la violencia no solamente es directa, al contrario, existen violencias simbólicas, culturales e incluso relacionadas con el sistema económico, que son productoras de sufrimiento social, daños morales, exclusión y pobreza. En Colombia, el conflicto armado y las guerras asociadas al narcotráfico y otras actividades ilegales, han creado una estela de muerte, desolación y rompimiento del tejido social, asuntos que persisten hasta hoy. Y tal vez lo más preocupante es que esas lógicas violentas se han hecho a un lugar muchas veces validado y legitimado en nuestro sistema cultural. Construir una paz estable implicará modificar esas causas estructurales y maneras de comportarnos.

Partir del relato de doña Betty para comprender el sufrimiento social y el daño moral en el conflicto colombiano no fue algo fortuito o desprevenido. Lo queríamos mostrar

intencionalmente así, porque son asuntos que preferimos tratar del lado de lo particular, lo singular o lo subjetivo, y no de lo general, lo homogéneo o lo objetivo. Si la academia quiere vincularse de manera real en los temas de construcción de paz deberá afinar sus instrumentos de razonamiento inductivo y complejo, que muchas veces han sido desestimados, ya que el razonamiento hipotético-deductivo (hegemónico en la ciencia occidental) parece que no da cuenta de las realidades e intensidades que se experimentan cuando se ha sufrido individual y colectivamente, ni de los elementos que se entrelazan para la construcción social de la paz. Finalmente y de nuevo en la voz de doña Betty, una invitación: *“Nunca me prepare para una guerra, pero debo prepararme para la paz”* (Betty, 2014).

